

## El museo y sus palabras: los deberes corregidos

AMELIA ARENAS

Amelia Arenas ha desarrollado su vida profesional en distintos museos y como profesora de Historia del Arte en la Universidad. Actualmente trabaja como comisaria independiente y escribe sobre arte, entre otras cosas. Vive en Nueva York.

*Señor, ellos no pagan su penique  
para aprender sino para gozar.*

Respuesta de William Shakespeare a Ben Jonson

en un diálogo imaginado por Rudyard Kipling en *Proofs of Holy Writ*

La creencia popular de que aprender y divertirse no van unidos es bastante antigua. Puede que no tanto como las obras de Shakespeare, aunque ya existía cuando Kipling imaginó este diálogo entre el famoso dramaturgo y su ilustre colega. Para ese entonces la educación pública ya era obligatoria en la mayoría de los países occidentales desde hacía más de un siglo. Y en algún momento de ese camino la antigua idea de que aprender es placer empezó a ir cuesta abajo. La educación artística es una ilustración excelente de este curioso fenómeno, lo cual es evidente al analizar las palabras del museo. Ojeemos rápidamente esos eventos que nos han llevado a la situación en la que hoy nos encontramos.

El museo se inventó cuando se ejecutó o exilió a los príncipes y sus palacios se abrieron para ilustrar al Pueblo. Esa nueva institución artística marca un hito en la historia de la democracia, al igual que la educación pública y el voto sufragista. Pero como ocurre con la mayoría de las conquistas de las revoluciones burguesas, su historia se ha fraguado sobre espinosas contradicciones.

Hasta ahora, el museo no ha sabido exactamente qué ofrecer al Pueblo. ¿Cuál podría ser el equivalente democrático de la relación entre las obras de arte y la gente en el nuevo palacio? Presumiblemente la respuesta parecía ser la educación, esto es, sustituir el exquisito, errático y egoísta placer estético de los aristócratas por uno más racional: aprender cómo y para qué se fabrica el arte, qué significa, etc.

Curiosamente, en el transcurso de este dramático cambio, los instructores se convirtieron en una nueva especie de aristocracia, una pobre casta de príncipes que pretende vengarse en sus súbditos por vivir en un mundo donde los abogados y los financieros ostentan todo el poder que una vez tuvieron los cortesanos. A veces la educación artística se inspira en el antiguo ideal —aquel del privilegiado amante del arte—. Pero en la mayoría de los casos se moldea a partir de uno más moderno, con visos científicos: mirar el arte como si fuera un virus bajo un microscopio, para el que se necesita urgentemente encontrar una cura.

Así, educar al público en el arte —ya sea ostentando nuestra sensibilidad, nuestro conocimiento o una equívoca combinación de ambos— es lo que terminamos ofreciendo al Pueblo. Por lo tanto me gustaría ofrecerles una corrección de los deberes del maestro —el museo— tomando prestadas las normas con las que las monjas de mi niñez juzgaban mis tareas. Lo que a continuación sigue son algunos ejemplos demostrativos<sup>1</sup> tomados de mis notas que he observado en varios museos del mundo durante los últimos años.

1.- He intentado, en lo posible, proteger la identidad de los culpables, no tanto por generosidad como por culpa propia, ya que, yo misma confieso estar aún en rehabilitación de los mismos crímenes.